

N.º 12 enero 2021

POÉTICAS

Revista de Estudios Literarios



ESTUDIOS

Ana Nadal Quirós
«CANTO VILLANO» DE BLANCA
VARELA: EL POEMA COMO ESPACIO
DE (RE)CONOCIMIENTO
Y TRASCENDENCIA

ARTÍCULOS

Carlos Ramírez Vuelas
CRÓNICAS DE FRANCISCO A.
DE ICAZA EN LAS POLÉMICAS
DEL MODERNISMO LITERARIO
EN MADRID

ENTREVISTA

Nieves García Prados
ENTREVISTA
CON ALLEN JOSEPHS

POÉTICAS

Revista de Estudios Literarios



ÍNDICE

Págs.

[ESTUDIOS]

Ana Nadal Quirós
«CANTO VILLANO» DE BLANCA VARELA:
EL POEMA COMO ESPACIO DE (RE)
CONOCIMIENTO Y TRASCENDENCIA 5

Edgar Tello García
EL CUERPO DE CLARICE
LISPECTOR O CÓMO SALVARSE
DE ESTE MUNDO 31

Bei Yao
LA IMAGINACIÓN MATERIAL EN
«HABITACIONES SEPARADAS»
DE LUIS GARCÍA MONTERO,
O LA POÉTICA DE LO IMAGINARIO
«VESTIDA CON VAQUEROS» 49

[ARTÍCULOS]

Carlos Ramírez Vuelas
CRÓNICAS DE FRANCISCO A.
DE ICAZA EN LAS POLÉMICAS DEL
MODERNISMO LITERARIO
EN MADRID 85

[POEMAS]

103 MARGARET RANDALL

[ENTREVISTA]

Nieves García Prados
ENTREVISTA
CON ALLEN JOSEPHS 111

[RESEÑAS]

Dan Coman
«EL INSECTARIO COMAN» 119

María Paz Moreno
«AMIGA DEL MONSTRUO» 125

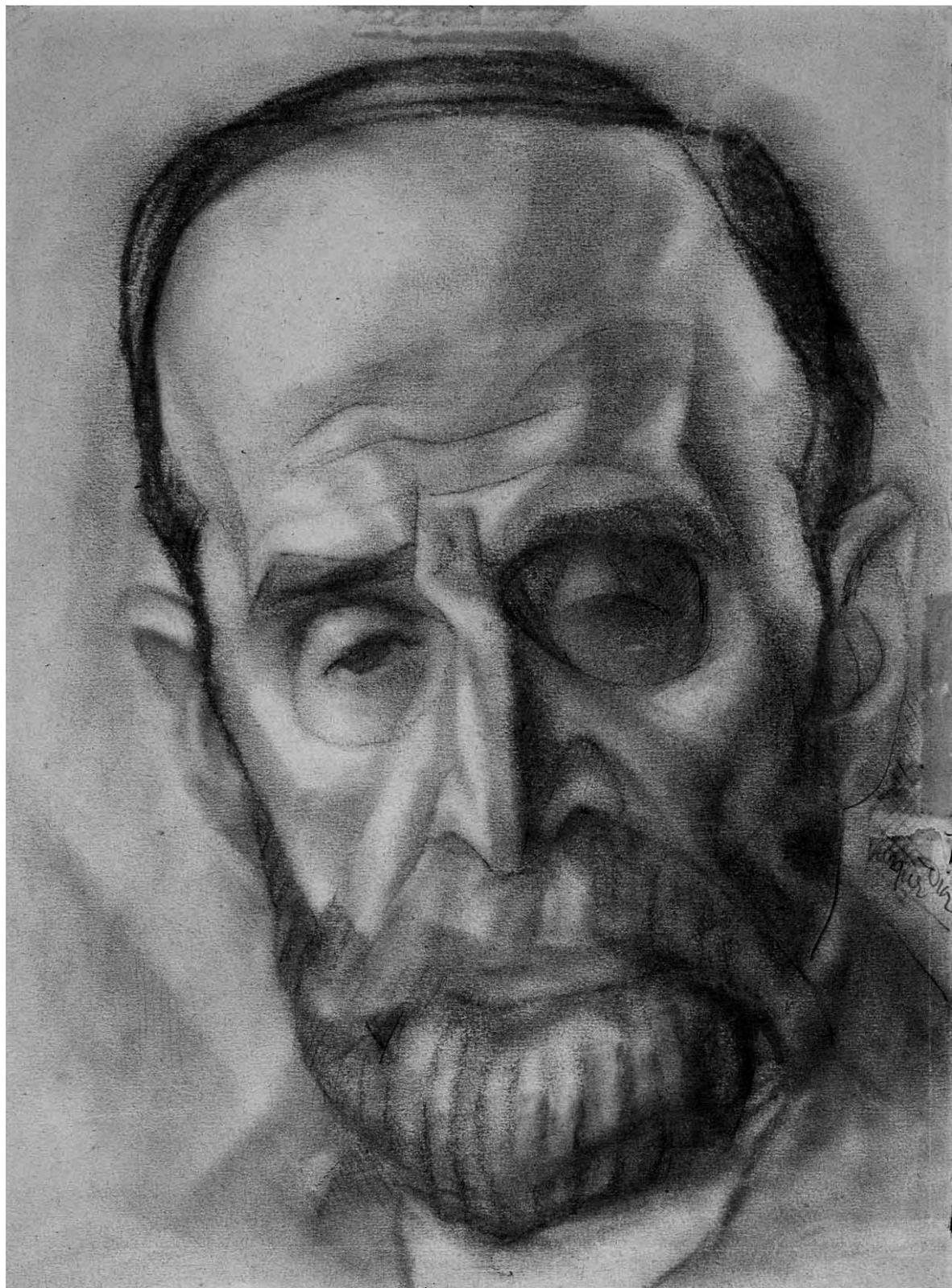
Normas de publicación /
Publication guidelines 131

Equipo de evaluadores 2017-2021 139

Orden de suscripción 141

[ARTÍCULOS]

Dibujo de Francisco A. de Icaza por Daniel Vázquez Díaz, 1917.



CRÓNICAS DE FRANCISCO A.
DE ICAZA EN LAS POLÉMICAS DEL
MODERNISMO LITERARIO EN MADRID

—
CHRONICLES OF FRANCISCO A. DE ICAZA
IN THE POLEMICS OF LITERARY MODERNISM
IN MADRID
—

Carlos Ramírez Vuelvas
Universidad de Colima

carlosvuelvas@ucol.mx

R E S U M E N

PALABRAS CLAVE { Modernismo, Simbolismo, Parnasianismo,
Decadentismo, Sistema literario }

El artículo narra algunos de los pasajes biográficos de la llegada a Madrid del poeta mexicano Francisco A. De Icaza, a finales del siglo XIX, durante la gestación del modernismo literario en el horizonte cultural hispanoamericano y español. Icaza, educado en México bajo la filosofía del positivismo, se presentó en Madrid como un poeta cercano a las expresiones literarias francesas de fin de siglo (simbolismo, parnasianismo y decadentismo) lo que generó una recepción conflictiva de su obra literaria, calificada de modernista. Fue un actor privilegiado en las polémicas modernistas en el contexto literario español, que lo mismo polemizó con Marcelino Menéndez Pelayo como con los entonces jóvenes poetas de la Generación del 98, quienes reconocieron los valores estéticos de su poesía. Icaza se ubicó en el centro intelectual del modernismo en la lengua española, mientras reconocía las cualidades del sistema literario de fin de siglo en Madrid (instituciones, agentes, mediaciones y

Fecha de recepción: 16/11/2020 Fecha de aceptación: 10/12/2020

obras literarias) y desarrollaba una poesía íntima y personal, que influiría en autores como Salvador Rueda o Antonio Machado.

A B S T R A C T

KEYWORDS { Modernism, Symbolism, Parnassianism, Decadentism, System Literary }

The article narrates some of the biographical passages of the arrival in Madrid of the Mexican poet Francisco A. De Icaza, at the end of the 19th century, during the gestation of literary modernism in the Spanish-American and Spanish cultural horizon. Icaza, educated in Mexico under the philosophy of positivism, appeared in Madrid as a poet close to the French literary expressions of the end of the century (symbolism, Parnassianism and decadence) which generated a conflicting reception of his literary work, described as modernist. He was a privileged actor in the modernist polemics in the Spanish literary context, which the same polemized with Marcelino Menéndez Pelayo as with the then young poets of the Generation of 98, who recognized the aesthetic values of his poetry. Icaza was located in the intellectual center of modernism in the Spanish language, while he recognized the qualities of the literary system of the end of the century in Madrid (institutions, agents, mediations and literary works) and developed an intimate and personal poetry, which will influence authors such as Salvador Rueda or Antonio Machado.

I

Francisco A. de Icaza llegó a España con 23 años de la mano del escritor y político Vicente Riva Palacio, su padrino, a quien asistió en la Legación de México en España en 1886. Mucho antes que Rubén Darío, a quien el canon de historia literaria señala como el primer poeta modernista hispanoamericano en la Península Ibérica, Icaza fue un poeta apreciado en Madrid como el «mexicano español» («Un mexicano español». 18 de febrero de 1905. *El Imparcial*).

El joven poeta se ambientó en la capital de España en poco tiempo, entre las coordenadas de la diplomacia, el Ateneo de Madrid y la tertulia madrileña. Las memorias de otros de sus contemporáneos, como Antonio Machado, lo recuerdan en el Café de Fornos, en el Café la Luna, en la Cervecería Inglesa, en la Cervecería El Águila o en el Restaurante Lhardy. Independientemente de su galantería, el joven erudito («tan pulcro, tan nervioso», lo calificó Azorín) también se mantenía ocupado en otros menesteres. Acudía al Ateneo de Madrid donde impartía cátedra y conversaba con Antonio Cánovas del Castillo, con Práxedes Sagasta, con Manuel Fernández y González y con Luis Taboada. De Riva Palacio aprendió entre otros avíos, el arte de la conversación.

El filólogo Alonso Zamora Vicente parece recordarlo caminando por las calles de Madrid en busca de Lope de Vega, de quien escribirá la edición filológica de su obra.

Así, pues,

Icaza llega a Madrid, a ese Madrid donde todo le habla de Lope: las calles, las iglesias, los nombres locales, la vida misma. Allí están en pie, envejeciendo, las iglesias de San Andrés y de San Sebastián, y el colegio de los jesuitas, y la casa de la calle de Francos, y el convento de las Trinitarias, y el Carmen descalzo, y el Prado, y sobreviven, transformados, los viejos teatros, y todavía el corto callejón del infante, donde vivía Marta de Nevaes, lleva su mismo nombre, y quizá la Puerta de Guadalajara tenía todavía su aire rural, casi de extramuros, de barrio súbitamente encaramado a centro de ciudad. Sí, Lope andaba en el aire. (Zamora Vicente, 1966: 35).

Francisco A. de Icaza aspiró, como los poetas de la Generación del 98 de España, a encontrar la modernidad del mundo hispánico en las raíces culturales de la hispanidad literaria, mientras cruzaba de la vanguardia artística a la vanguardia social. Por eso discutió sobre literatura lo mismo con románticos españoles que con decadentes hispanoamericanos, con académicos madrileños y con bohemios mexicanos. Su profunda preocupación estética (también fue uno de los primeros teóricos del modernismo lite-

rario) lo abstraigo de toda dependencia política para expresar sus discursos literarios desde una centralidad, la del escritor de literatura en español. Fue el primer poeta hispanoamericano en polemizar con los escritores de la lengua española como si discutiera con un ciudadano de su misma nación política. Fue el primer ciudadano de la lengua española en caminar sobre el pensamiento del mundo hispánico desde la tradición como una forma de fincar un modernidad ecléctica, diversa y compleja.

II

El 30 de octubre de 1890, cuatro años después de llegar a Madrid, tras publicar los poemas de sus maestros (primero a Salvador Díaz Mirón, luego a Manuel Gutiérrez Nájera) Icaza remitió dos de sus composiciones a la prensa española: «Estancias» y «La leyenda del beso». Sobre las seis estrofas del poema «Estancias», el académico estadounidense Daniel Foguelquist (1968) destacó su escritura decasílaba, un metro que «sin ser precisamente nuevo, no es el de ocho ni de once –tan maltrechos por tanto uso y abuso–, sino el decasílabo, empleado ya en México por Gutiérrez Nájera y Justo Sierra.» (207).

En su momento, Fray Candil [Emilio Bobadilla] (1890) advirtió en Icaza una poética con elementos literarios de distintos tiempos culturales, desde la pulcritud de la poesía clásica hasta el eclecticismo estrófico de finales del siglo XIX, características luego observadas en el modernismo literario hispanoamericano. «Por eso gusta del amor tranquilo, sin brusquedades ni gritos estridentes. Es un amor apacible, resignado, pudoroso, en el sentido que se realiza equilibradamente, sin aberraciones a lo Baudelaire» (214-219).

Entre 1889 y 1900, Icaza colaboró con regularidad en los periódicos y revistas más importantes del Madrid de finales del siglo XIX: *El Álbum Iberoamericano*, *Apuntes*, *Revista Moderna*, *La Ilustración Española y Americana*, *La Unión Iberoamericana*, *Madrid Cómico*, *El Heraldillo de Madrid*, *El País*, *Revista Nueva* y *El Imparcial*. En 1892 publicó *Efímeras*, su primer libro de poesía, editado por Sucesores de Riva-

deneyra, que generó desconcierto entre sus lectores. Mientras el poeta Salvador Rueda adjetivó a su poesía de luminosa, simpática y certera, *La Época* lo leyó como poeta moderno (S. «Autores y libros. *Efímeras*». 31 de julio de 1892. *La Época*) y *El Globo* lo comparó con «la ternura de Sully Prudhome y la parnasiana elegancia de Gautier» (Lorena. «Volanderas». 22 de enero de 1899. *El Globo*).

Pero la reseña más interesante fue escrita por el ya mencionado Salvador Rueda. Para 1892, a falta del mote modernista, que se popularizará en la recepción literaria española hasta que el sonoro Rubén Darío arribe a Madrid en 1896, Rueda definió la poética de Icaza como «diamantista»: «Forma primorosa, sentimiento expresado con sobriedad y a veces con hermosa pompa lírica, y gusto al ejecutar arabescos al buril, son las notas características de Icaza, el cual aparece literariamente formado, y creo que no ha de evolucionarse con el tiempo ni dar paso atrás ni adelante» (Salvador Rueda. «Efímeras». 5 de marzo de 1892. *El Heraldo de Madrid*).

III

Muy pronto, Francisco A. de Icaza se implicó en las actividades académicas del Ateneo de Madrid. Ya era secretario segundo de la sección de Literatura (cargo que refrendará hasta 1904), cuando impartió la cátedra «La crítica en la literatura contemporánea» del 20 de abril de 1892 al 4 de mayo de 1893, lecciones que posteriormente se convirtieron en *Examen de críticos* (1894) su primer libro de ensayos. El programa académico de Icaza fue percibido como la docencia de un «modernista fervoroso» en la que «resplandecen la erudición selecta y abundante, los conceptos más profundos y la poesía más hermosa y sentida» («Ateneo». 21 de abril de 1893. *El Liberal*). Icaza era un crítico literario influenciado por Hipólito Tayne y por Stuart Mill, lecturas obligadas en la educación de México desde la década de los Setenta del siglo XIX.

En noviembre de 1893, cuando ya tenía el mote de poeta modernista, debió hacer un alto en su carrera de escritor en España,

al recibir la noticia de la muerte de su padre. Entonces se ausentó de sus labores en la Legación y de las actividades culturales de la Villa y Corte, para acudir de emergencia a México durante las Navidades. El 2 de mayo del año siguiente, Icaza y Riva Palacio regresaron a la Península Ibérica a bordo del vapor *Navarre* («Sección de noticias». 28 de noviembre de 1893. *El Imparcial*).

A su regreso a Madrid, Icaza recibió una sorpresa de la imprenta en la primera quincena de mayo de 1894: estaba lista la edición de su libro de ensayos *Examen de críticos*, subvencionado por el Ateneo de Madrid. Algunos lectores calificaron al volumen como un tratado de filología sobre la génesis del modernismo literario, como *La Correspondencia de España*: «el señor Icaza, que es un ingenio de superior cultura, de sano juicio y de honradas intenciones, ha estudiado concienzudamente las obras de los más ilustres contemporáneos, y los ha examinado con muy recto criterio.» («*Examen de críticos*. Libro de don Francisco A. de Icaza». 29 de marzo de 1894. *La Correspondencia de España*)

La cláusula central de *Examen de críticos* explica el proceso de comunicación literaria desde las relaciones entre el público, la crítica y la obra literaria. Con esa fórmula, Icaza desarrolla varios modelos de interpretación sin distinguir periodos históricos, pero sí movimientos, escuelas y tendencias, como romanticismo, naturalismo, clasicismo, moralismo. Además, definió algunos programas de interpretación como el dogmatismo crítico, la impresión subjetiva, el sufragio popular y la docencia. Icaza consideró que el mundo hispánico tenía en su literatura, la continuidad de su modernidad cultural. Si en las letras españolas se asentaba la tradición literaria, en la variedad de la literatura hispanoamericana se representa esa modernidad cultural.

IV

En 1898 la joven literatura española la representaban Salvador Rueda, Miguel de Unamuno (de 34 años), Ángel Ganivet (de 33),

Ramón Valle-Inclán (de 29), Pío Baroja (de 26), Azorín (de 25), Ramiro de Maeztu (de 24), Antonio Machado (de 23) y Francisco Villaespesa (de 21), ocupando los puestos de los escritores canónicos de finales del siglo XIX. Era la constelación conocida como Generación del 98, receptora del modernismo literario hispanoamericano.

Francisco A. de Icaza sostuvo una buena relación amistosa y literaria con ellos, particularmente con Miguel de Unamuno y con Ramón Valle Inclán, con quienes intercambió epístolas en distintos momentos de su vida, pero la influencia de su poesía es visible en Antonio Machado y en Salvador Rueda. El intimismo del autor de *Efímeras* precederá las «galerías del alma» de Machado (1936) quien agradecido le dedicó los versos aforísticos del poema «Soledades a un maestro»: «No es profesor de energía,/ Francisco de Icaza,/ sino de melancolía» (168).

Durante los años de transición entre los siglos XIX y XX, la nueva literatura de escritores de España y de Hispanoamérica generó sendas polémicas por la irrupción del modernismo literario y la influencia de «las literaturas extranjeras» sobre la literatura escrita en castellano. «No es de extrañar, en rigor, que los literatos americanos se afrancesen, cuando aquí, poco o mucho la inmensa mayoría de nuestros escritores se han afrancesado también», escribía atónito y molesto el filósofo José Verde Montenegro («Nuestra literatura en América». 2 de septiembre de 1899. *La Correspondencia de España*).

Más punzantes fueron los reproches del periodista Manuel Bueno, quien aseguraba que «ninguna región de América –la española, se entiende– tiene literatura propia. Se vive de prestado, a expensas de sugerencias intelectuales ajenas» (Lorena, «Volanderas. Para los literatos periodistas». 10 de septiembre de 1900. *El Globo*). Como ejemplos positivos de «escritores modernistas», Bueno citó a Salvador Díaz Mirón, a Francisco A. de Icaza y a Manuel Gutiérrez Nájera, quienes «habrán acomodado su léxico a la ortodoxia castellana» (Manuel Bueno. 29 de abril de 1907. «Estrofas de un poeta». *El Imparcial*).

En 1901, Icaza intentó conceptualizar a la nueva poesía mexicana en el contexto de la lírica española en el ensayo «Poetas modernos de México (antología íntima)», donde caracterizó al modernismo a partir de la oposición entre arte antiguo y arte moderno. Icaza metaforizó: en las galerías, los museos y las antologías del arte antiguo se exhiben «reliquias de lo pasado [...] cuyo único mérito es la antigüedad», en tanto que «para conocer el arte contemporáneo hay que estudiarlo en las galerías privadas».¹ La distinción de arte antiguo tradicional y arte contemporáneo privado extendió «la espiritualidad contemporánea» de la lengua española, territorio que más tarde acentuará en términos políticos Justo Sierra al proponer «una patria panlatina».

El arte moderno sería la continuación de la tradición del arte antiguo, una tradición en crecimiento trascendental, en términos metafísicos, observación fundamental para el desarrollo de la obra poética de Amado Nervo, de influencia definitiva en las dos orillas del Atlántico.

Pero Icaza también se dio a la tarea de mostrar en Madrid la obra literaria de otros autores mexicanos jóvenes, como Efrén Rebolledo: «Poeta parnasiano, de forma impecable, apasionado de orientalismo, persigue lo pintoresco a todo trance» (Diez-Canedo, 1908). O José Juan Tablada, que en España alcanzó más reconocimientos por sus haikus, sus ideogramas y su presunta vinculación con el movimiento ultraísta durante las vanguardias de las primeras décadas del siglo xx, que por sus antecedentes modernistas de finales del siglo xix. «Un artista que, después de haber realizado una obra considerable, universalmente admirada, dentro de las escuelas que se llamaron modernistas, decadentistas, simbolistas, parnasianas, se le revela el misterio atractivo e inquietante del arte novísimo y hacia él evoluciona y adapta su espíritu flexible y su-

1. El mismo artículo fue publicado en 1923 con el título «Letras mexicanas», en *Revista de Libros*. La variante más relevante respecto al texto original fue la inclusión de comentarios sobre otros dos poetas mexicanos, Manuel José Othón y Luis G. Urbina, quienes para entonces ya se conocían en Madrid, por lo que el texto perdió sus cualidades de novedad.

til» (Arroyo, 1918). O Jesús Urueta, «un hombre de cultura y de buen gusto» (Unamuno, 1904); o Manuel José Othón, en cuya obra literaria «hay arpegios de selvas, como arpas eólicas; lamentos de ríos, como órganos clamorosos; bramar de olas y tronar de volcanes, toda, en fin, la magna sinfonía orquestal del universo» (Arroyo, 1918); o Jesús Valenzuela, «que ha hecho tanto en favor de las letras mexicanas, y que es uno de los espíritus más altos y más generosos de América» (Ugarte, 1907).

Los modernistas mexicanos habrían de comunicarse con los escritores de la Generación del 98 español para conformar la nueva constelación literaria del mundo hispánico, con Francisco A. de Icaza como faro de guías.

V

En 1898, luego de ocho años de noviazgo, en la Iglesia de San Francisco el Grande, el poeta celebró nupcias con Beatriz León Loinaz, «una mujer muy rica y muy guapa, que dicen que fue el amor de Alfonso XII», comentó el cotilleo de la prensa, hija y nieta de una estirpe de oficiales de Caballería, sobrina de la marquesa de Squilache..., todos ellos maestrantes de Granada. Después de las fiestas matrimoniales en Madrid, la pareja viajó a Granada donde las leyendas populares de Andalucía cuentan una anécdota sobre los recién casados. En una de las mañanas posteriores a la boda, cuando caminaban cerca de la Alhambra un ciego les pidió limosna, y el poeta conminó a su esposa: «Dale limosna mujer. Que no hay en la vida nada, como la pena de ser ciego, en Granada», versos que el alcalde granadino, Antonio Gallego y Burín (uno de los principales difusores del relato) mandó grabar a la entrada de la Catedral, cuando ocupó el Gobierno Civil de la Provincia entre 1940 y 1941 (M., «Ecos madrileños». 15 de octubre de 1895. *La Época*).

En Madrid, el matrimonio afincó su domicilio en la calle de Claudio Coello número 17, en el barrio de Salamanca según impulsó la tradición social de Riva Palacio. Icaza heredó tanto el capi-

tal simbólico de Riva Palacio como sus valiosas relaciones sociales con editores, periodistas, librereros, políticos y escritores. Al continuar con la genealogía intelectual de los escritores mexicanos de Madrid y desarrollar su propio talento literario, Icaza se situó como un residente definitivo en el sistema literario de la lengua española.

Por esas fechas, evocativo, Icaza (1980, I) escribió de sus maestros:

Nadie más correcto y sencillo que los grandes españoles posrománticos: lo fue [Marcelino] Menéndez Pelayo en su llaneza estudiantil; [Juan] Valera en su elegancia diplomática, y [Manuel] Pereda en su hidalga y señorial franqueza; [José] Echegaray en su mansedumbre, que le permitía oír observaciones hasta de los teloneros; y [Benito] Pérez Galdós en su socarronería maliciosa, indiferente en apariencia. Pero lo que distinguía a [Ramón de] Campoamor entre todos, era aquella bondad que le formaba aureola de simpatía, y que atenuaba el amargor de su humorismo con las inflexiones suaves de su voz (32).

Como ningún otro escritor mexicano, probablemente como tampoco ningún otro autor hispanoamericano, logró vincularse con el pasado y el futuro de las letras de España, ganándose en las dos generaciones el puesto de escritor. Era el principio intelectual de su interpretación del mundo hispánico contemporáneo, que en ese horizonte cultural convivía la vida íntima del pasado con la tradición abierta de la vida moderna.

En el mes de noviembre de 1899 publicó su segundo libro de poesía *Lejanías*, fundador del «simbolismo español» dijeron los críticos (Caldwell, 2002). La escritora Blanca de los Ríos le dedicó algunas páginas de su revista *Raza Española* donde abundó sobre el intimismo de Icaza, opinión similar a la expresada por *El Globo*: «Todo lo que en horas de recogimiento espiritual se nos muestra confuso y como velado por la bruma del tiempo, las alegrías remotas, los pesares cultos, las esperanzas malogradas, oscuros embriones de nuestra vida sentimental, cobran relieve y se hacen visibles

al conjuro del poeta.» (Ibid). Comentarios que también coincidieron con los de Andrés Ovejero (1899) en la *Revista Nueva*: «No son versos esculturales de inerte expresión ni versos coloristas de exangüe belleza los de Icaza, en cuyos ‘estados de alma’ hay una interesante psicología experimental, de un realismo vivido con intensidad y expresado con sencillez.»

La construcción retórica de *Lejanías* es similar a *Efímeras*. En ambos sobresalen las variantes en la composición estrófica, como en el poema «Y la nave...» donde coloca versos de 14 sílabas ritmados con una compleja acentuación poco leída en la lírica de la lengua castellana, generando la sensación de un oleaje tenue sobre el que avanza la barcaza (¿no podría ser esta una metáfora misma de la tradición, avanzando sobre el oleaje de la modernidad?):

Y la nave, cubierta cual semidiós guerrero
con bruñida coraza de impenetrable acero,
apercibida al odio, forjada por la muerte,
ante el amor se rinde, y el amor la convierte
en la barca velera que saliendo de Jonia
por el mar del ensueño con rumbo a Poseidonia,
al desplegar al viento su triángulo escarlata,
con la quilla de oro forma surcos de plata. (29)

Su poética de lo íntimo aparece en poemas como en «Minuetto»: «Que los recite en público quien pueda:/ yo te diré mis versos en secreto,/ y en un ritmo que imite el de la seda/ que cruje cuando bailas el minuetto» (Ibid, 34). Sólo Ricardo J. Catarineu reclamó: «yo hubiera querido más aire libre, más naturaleza salvaje, más lucha de pasiones...», para luego aceptar que Icaza era «un escritor elegante, que se deja leer siempre con encanto, que logra fácilmente, sin rebuscamiento, hablar en lenguaje selecto, y que si no siente, por lo general, con gran intensidad, ni piensa muy hondo, por lo menos lo que siente y piensa, poco o mucho, lo dice muy bien.» («Lecturas. Versos». 1 de octubre de 1899. *La Correspondencia de España*).

VI

Las tribulaciones intelectuales no serán los únicos problemas de Francisco A. de Icaza a principios del siglo xx, cuando en 1900 el matrimonio Icaza Loinaz debió preparar honras fúnebres para la pequeña Beatriz. En alivio de luto, el poeta propuso un viaje a México que también serviría para aclarar su situación en la Secretaría de Relaciones Exteriores, porque ocupaba de manera extraoficial el cargo de Ministro de México en España desde la muerte de Riva Palacio en 1896. Un año después, el matrimonio Icaza Loinaz ya habitaba otra vez Madrid.

Pero el poeta mexicano, ensimismado en sus propios contratiempos, miraba distante la realidad sociopolítica de España, porque comenzaba a concluir un largo periodo de vivir en España, al aceptar, en el último trimestre de 1902, el cargo de embajador de México en Alemania. Para continuar en el ánimo de la opinión pública española, participó en diferentes sociedades y asociaciones, como la Unión Iberoamericana, que a finales de 1902 se apropió de su propuesta para mediar el intercambio comercial entre México y España. La corporación difundió entre los periódicos más importantes de la Península Ibérica, un comunicado que sentaban las bases legales para esas negociaciones, con la idea pergeñada por Icaza.

VII

Para 1904, cuando Icaza ya era Ministro Plenipotenciario de México en Alemania también representaba el modelo del intelectual mexicano en el modernismo hispanoamericano. Ocupado, como estaba desde principios del siglo xx, en mantenerse al día en la vanguardia social, asociado a aristócratas, políticos y empresarios españoles, participaba en las discusiones de la vanguardia cultural en cafetines, tertulias, restaurantes, teatros y redacciones, más allá de las instituciones oficiales, escuelas, academias y ateneos. Era un notable creador de poemas y ensayos que recibía críticas favorables en la opinión pública de la capital de España.

Más discreto que en otras ocasiones, en marzo de 1904 al poeta mexicano acaso se le vio entrar en el Café Fornos donde se rindió homenaje a Benito Pérez Galdós («Homenaje a Galdós». 17 de marzo de 1904. *El País*). Meses después asistió a otra reunión literaria en el Restaurante Lhardy, donde el joven dramaturgo Manuel Rivas Linares ofreció un banquete a sus amigos. Allí fue Icaza otra vez, como una sombra de la que dieron cuenta, casi sin querer hacerlo, casi sin hacerlo, los cronistas de la época («Borrás y Rusiñol. Banquete en Lhardy». 11 de junio de 1904. *La Correspondencia de España*).

Lentamente, Icaza dejó la capital de España. Pasó enero, llegó la primera quincena de febrero y no fue hasta el 18 de febrero de 1905 cuando por fin se decidió a tomar el tren expreso que lo llevó a Berlín, mientras la prensa matritense lo despedía («Francisco A. de Icaza». 19 de febrero de 1905. *El Heraldo de Madrid*): «Icaza era un amable conversador, cuyas frases, un poco benévolas y un poco sarcásticas, oíamos nosotros con hondo deleite, comentándolas en todo momento, y haciéndole gustar su ironía a aquellos de nuestros amigos que se las habían escuchado.» («Francisco A. de Icaza». 20 de febrero de 1905. *El País*).

Aún en Berlín, el poeta recordaba Madrid. Ahí dejó a su mujer y sus hijos, así que, al escuchar la marcha de la locomotora, en sus adentros sabía que pronto volvería a caminar por las calles de la villa y corte. En Alemania, apenas atendió asuntos oficiales, ordenó la oficina, situó su domicilio personal y presentó credenciales, cuando el 14 de abril de 1905 regresó a Madrid para recoger a su familia («Viajes». 16 de mayo de 1905. *La Época*). Juntos se dirigieron a Sevilla a pasar unos días de descanso con la marquesa de Squilache, y tras un par de semanas de vacaciones en Andalucía, volvieron a Madrid donde participó en las celebraciones del III Centenario de la publicación del *Quijote*. A finales de mayo, Icaza viajó a Berlín acompañado por su familia para reincorporarse a sus labores diplomáticas (Cadenas, «Desde Berlín. Capítulo de viajes». 12 de abril de 1905. *La Correspondencia de España*).

Desde dos años atrás, las referencias a la obra literaria de Icaza eran habituales en las festividades cervantinas en Madrid, particularmente en el Ateneo donde se leían los poemas y los ensayos que el mexicano escribió para honrar al autor del *Quijote*. Las celebraciones de 1905 fueron una referencia generacional para la literatura española, porque cohesionó las ideas de las revistas *Nuevo Mundo*, *Nuestro Tiempo* y *Helios*, lideradas por Juan Ramón Jiménez, Ramiro de Maeztu y Miguel de Unamuno (Pascual, 1999, 145). En ese mismo año, Icaza difundió otra novedad bibliográfica, la colección de poemas *La canción del camino* publicada por la editorial Sucesores de Rivadeneira.

Los comentaristas leyeron notas de tristeza en Icaza, un «sabio artífice de la rima [que] teje sus canciones en difícilísimas combinaciones métricas tan gentilmente cristalizadas, que al lector descuidado parecen colmo de la sencillez» (O., «La canción del camino», 8 de julio de 1906. *El Imparcial*). La prensa aseguraba que el poeta mexicano era un poeta moderno que nada tiene de modernista: «el estado de su alma es como el de todos los espíritus superiores de nuestro tiempo, más influido por la tristeza que por la alegría, más propenso a la desilusión y al desencanto que al entusiasmo y a la fe, pero sin caer en el escepticismo y el tedio que sienten o fingen sentir los modernos» (Zeda, «Lecturas de la semana». 3 de septiembre de 1906. *La Época*).

Después de estas actividades Icaza se alejó, con su discreción habitual, de la sociedad literaria de España. Las polémicas del modernismo hispanoamericano y español se habían zanjado con las nuevas generaciones de escritores de la lengua española. Icaza dejó cartas de recomendación en el campo literario matritense que facilitaron la aceptación de otros escritores mexicanos, como Amado Nervo, Justo Sierra, Luis G. Urbina y Alfonso Reyes. Y a partir de la caída de Porfirio Díaz en 1910, será visible su desaparición del servicio diplomático mexicano, del que fue destituido. Alrededor de 1915, su desavenencia con Amado Nervo y la fría relación con Alfonso Reyes terminarán por apartarlo de los nuevos protagonistas de la literatura mexicana en España. Francisco A. de Icaza murió el 28 de mayo de 1925, en Madrid.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Arroyo, César E (1919). «La nueva poesía en América. La evolución de un gran poeta», *Cervantes*, 1, 105-113.

—; (1918) «Modernos poetas mexicanos. Manuel José Othón», *Cervantes*, 1, 113-117.

Bobadilla [Fray Candil] Emilio (1890). *Capirotazos (sátiras y críticas)*. Madrid: F. Fé.

Bueno, Manuel. «Estrofas de un poeta». (29 de abril de 1907). *El Imparcial*.

Cadenas, «Desde Berlín. Capítulo de viajes». (12 de abril de 1905). *La Correspondencia de España*.

Caldwell, Richard (2002). «'La poesía moderna, modernísima, poesía, quizás, del futuro'. Los orígenes del simbolismo en España», *Anales de Literatura Española*, 15, 133.

Catarineu, Ricardo J. (1899). «Lecturas. Versos». (1 de octubre de 1899). *La Correspondencia de España*.

Díez-Canedo, Enrique (1908). «Rimas japonesas, por Efrén Hernández», *La Lectura*, 8 (1), 440.

Foguelquist, Donald F. (1968). *Españoles de América y americanos de España*. Madrid: Editorial Gredos.

Icaza, Francisco A. de (1980). *Obras*. II Tomos. México: Fondo de Cultura Económica.

—; (1901) «Literatura americana. Poetas modernos de México (antología íntima). Manuel Gutiérrez Nájera y Salvador Díaz Mirón». *Nuestro Tiempo*, 1 (1), 34-42.

—; (1899) *Lejanías*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.

Labra, Rafael María de (1906). *La cultura superior de España. El Ateneo. 1835-1905. Notas históricas*. Madrid: Tipografía de Alfredo Alonso.

Lorena, «Volanderas. Para los literatos periodistas». (10 de septiembre de 1900). *El Globo*.

- ; «Volanderas». (22 de enero de 1899). *El Globo*.
- M., «Ecos madrileños». (15 de octubre de 1895). *La Época*.
- Machado, Antonio (1936). *Poesía completa*. Madrid: Espasa Calpe.
- Núñez Puente, Sonia (2007). «Novela rosa y cultura popular: Carmen de Icaza y Concha Linares Becerra», *Sincronía*, 1, 25-29.
- O. «La canción del camino» (8 de julio de 1906). *El Imparcial*.
- Ovejero, Andrés (1899). «Lejanías (de F. A. de Icaza)», *Revista Nueva*, 1, 565-569.
- Palomero, Antonio. «Las novelas ejemplares de Cervantes». (15 de abril de 1901). *El Liberal*.
- Pascual, Pedro (1999). «El 98 de don Quijote», *Actas del VIII Coloquio Internacional de Cervantistas* (141-157). Toboso: Ediciones Dulcinea del Toboso.
- Rueda, Salvador. «Efímeras». (5 de marzo de 1892). *El Heraldo de Madrid*.
- S., «Autores y libros. Efímeras». (31 de julio de 1892). *La Época*,
- Ugarte, Manuel (1907). «Crónica americana», *La Lectura*, 7 (81), 42-46.
- Unamuno, Miguel de (1904). «Literatura Hispano-Americana. Tres obras de estudios clásicos», *La Lectura*, 3 (45), 453-456.
- Verde Montenegro, José. «Nuestra literatura en América». (2 de septiembre de 1899). *La Correspondencia de España*.
- Zamora Vicente, Alonso (1966). *Lengua, literatura, intimidad. (Entre Lope de Vega y Azorín)*. Madrid: Taurus.
- Zeda, «Lecturas de la semana». (3 de septiembre de 1906). *La Época*.
- ; «Lecturas de la semana». (8 de abril de 1901). *La Época*.
- «Ateneo». (21 de abril de 1893). *El Liberal*.
- «Sección de noticias». (28 de noviembre de 1893). *El Imparcial*.
- «Examen de críticos. Libro de don Francisco A. de Icaza». (29 de marzo de 1894). *La Correspondencia de España*.

«España en México. Exposición de Bellas Artes en México». (30 de enero de 1899). *El Globo*.

«Fiesta panlatina. Recepción en el Real Alcázar». (20 de mayo de 1902). *La Época*.

«Homenaje a Galdós». (17 de marzo de 1904). *El País*.

«Borrás y Rusiñol. Banquete en Lhardy». (11 de junio de 1904). *La Correspondencia de España*.

«Francisco A. de Icaza». (19 de febrero de 1905). *El Heraldo de Madrid*.

«Francisco A. de Icaza». (20 de febrero de 1905). *El País*.

«Viajes». (16 de mayo de 1905). *La Época*.